

Domingo 6 enero 2008

El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Mt 2,1-12

Hemos venido a adorarlo

El Evangelio de Mateo, que nos acompañará este año (ciclo A de lecturas), es sin duda el que tiene un carácter más judío: fue escrito por un judío para los judíos de su tiempo. Esto lo reconoce un rabino de nuestro tiempo, Jacob Neusner, que en su libro: «A Rabbi talks with Jesus» («Un rabino conversa con Jesús») explica por qué eligió el Jesús de Mateo para su conversación: «Decidí discutir con este particular Jesús -es decir, la imagen de Jesucristo presentada en el Evangelio de Mateo-, porque, según el consenso general, el de Mateo es el más "judío" de los Evangelios» (p. 7).

Pero el autor de este Evangelio es un judío que reconoce en Jesús al Mesías prometido a Israel y lo confiesa como el Hijo de Dios que goza de la prerrogativa divina de la totalidad del poder: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28,18). El autor es un judío convertido a Cristo. Él considera que su presentación de Jesús es tan verdadera y completa que no vacila en ponerla bajo el nombre de un apóstol: Mateo. Cuando escribió su Evangelio -hacia el año 70 d.C.- ya se había comenzado a cumplir el mandato de Cristo: «Vayan y hagan discípulos de todos los pueblos» (Mt 28,19) y era evidente que Cristo se predicaba como el Salvador de todo el mundo, no sólo de Israel. El autor, como todo cristiano, sostiene lo mismo que enseñaba San Pablo: «El Evangelio es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree: del judío primeramente y también del griego... no hay distinción entre judío y griego, pues uno mismo es el Señor de todos, rico para todos los que lo invocan, pues todo el que invoque el nombre del Señor se salvará» (Rom 1,16; 10,12-13).

El evangelista quiere fundamentar ese hecho desde el comienzo de su Evangelio dando relieve al relato de la manifestación del Niño recién nacido a hombres que habitaban tierras muy lejanas respecto de Israel. Dios manifestó a su Hijo nacido en esta tierra por medio de un prodigio: una estrella aparecida en el cielo. Es una «epifanía», es decir, la manifestación de alguien que viene a cambiar la historia del mundo. El evangelista la sitúa inmediatamente después del nacimiento de Jesús: «Nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes, unos magos que venían del Oriente se presentaron en Jerusalén, diciendo: "¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarlo"». ¡Fue manifestado a ellos antes que a los mismos judíos! En efecto, los judíos

lo ignoraban: «En oyéndolo, el rey Herodes se sobresaltó y con él toda Jerusalén».

La identidad de este Niño queda en evidencia por la actitud de esos sabios de Oriente: «Vieron al niño con María su madre y, postrándose, lo adoraron»; y también por los regalos que le traen: «Abrieron sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra». ¿Por qué estos regalos? Le regalan oro; pero Jesús siempre fue pobre y no tenía dónde reclinar la cabeza. Y ¿para qué quiere ese Niño el incienso y la mirra? Esos regalos son claramente un signo de su identidad, como lo ha reconocido toda la tradición cristiana: el oro se regala a un rey, el incienso se quema solamente a Dios y la mirra era el unguento con que se ungía a los muertos para la sepultura. Este Niño es reconocido como rey, como Dios y como quien ha de entregar su vida por la salvación del mundo.

Este hecho se celebró muy pronto como una importante fiesta, la Epifanía, precisamente porque es la fiesta de la salvación de todos los pueblos.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles